

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

Derrumbamiento.

Al ver, de pronto, el ideal sublime de todo el siglo, á nuestros pies deshecho mientras el dios de la barbarie, el hecho, ciego y brutal, el universo oprime; cuando no hay ya quien su opinión estime, ni tenga en más la fama que el provecho; cuando la fuerza triunfa del derecho, y la razón amordazada gime; cuando al golpe que mata y envilece no mana sangre, sino pur la herida de esta España que España no parece, ante la patria, sin luchar vencida, en el semblante el deshonor escuece, y da vergüenza conservar la vida.

EMILIO FERRARI.

EL 1.º DE MAYO

¿Qué fué de aquellas imponentes manifestaciones con que años atrás celebraban los jornaleros el día 1.º de Mayo como vivo recuerdo de la solidaridad que debe existir entre todos los del mundo? La libertad es ruidosa, y el ruido de la libertad nos amedraña. Fué Silvela, el mismo que hoy rige los destinos del reino, el que el año 1891 redujo la fiesta á reuniones en lugar cerrado cuando no fuese más que por una verja. Siempre empuñándolo todo ese Estado que presume de grande.

Seguid, no obstante, jornaleros, celebrando como podáis la fiesta del 1.º de Mayo. Nunca recordaréis bastante la necesidad que tenéis de uniros para fundir en uno el capital y el trabajo y sacudir toda servidumbre. Siervos sois aún, no ciudadanos. ¿Qué importa que os hayan conferido el derecho de sufragio si habéis de ejercerlo bajo la presión de los que os pagan? Os ata al pie de las urnas la perspectiva del hambre.

Y erran los que suponen y pregonan que el falseamiento de los comicios se debe sólo á las malas artes de los Gobiernos. Poco podrían los Gobiernos sin el capital, del que son á la vez servidores y amos. El capital les trae sus manadas de obreros, y paga descaradamente en la plaza pública los votos de los perdidos y los hambrientos.

Será ilusoria la libertad mientras no haya igualdad de condiciones. Preparaos á conseguirla. Será ésta la obra del siglo XX, siglo de mayores y más trascendentales luchas que el que está feneciendo. ¿Queréis combatir con suerte? Poned todos los días más alto el nivel de vuestra propia cultura, protestad contra toda guerra de conquista, negaos á pelear por toda causa que no sea justa, no favorezcáis jamás las rivalidades entre naciones, no descanséis hasta hacer de todo nuestro linaje una familia, y de la tierra la patria de todos los hombres.

No os desaliente el temor de que no veáis coronada vuestra obra. Como sin esperanza de recompensa trabajabais para vuestros hijos, debéis sin esperanza de premio trabajar para vuestros más remotos descendientes. Vivimos y gozamos del trabajo de las pasadas generaciones: es deber nuestro trabajar para las venideras.

La Humanidad es una. Divídenla el espíritu religio-

so, el orgullo de raza, la diferencia de idiomas, el ancho foso abierto por la propiedad entre plebeyos y patricios. Disponeos á cegar ese foso, aunque sea con sangre. No autorizan la desigualdad de derechos ni aun las diferencias naturales; no la autorizan ni la de fuerzas, ni la de hermosura, ni la de corazón, ni la de entendimiento. Las diferencias naturales responden á los diversos fines de la vida humana. Todo el que por su trabajo llena un fin adecuado á sus facultades, siquier sea el más modesto, tan digno es de todos los fueros y goces de la vida, como el más poderoso genio. Don de la naturaleza es el mayor talento, aunque después se lo haya desarrollado y acrecentado con la educación y el ejercicio.

Trabajadores, la fiesta del 1.º de Mayo es un grito de alerta para que no os durmáis ni de puro desalentados ni de puro ensobrecidos. Oídlo, y repetidlo hasta que llené y levante el mundo.

F. PI Y MARGALL.

¿QUÉ OPINA USTED DEL MANIFIESTO DE LA UNIÓN NACIONAL?

¡Hombre, le diré á usted! Cuando estoy en la oposición, todo aquello que pueda hacer daño al Gobierno me parece bien. ¡Conque no le digo á usted más!—*Sagasta*.

¡La política hidráulica! ¡Yo estoy por la política alcohólica!—*Martínez Campos*.

¡Pero si yo no tengo la fea costumbre de opinar!—*Capdepón*.

Como bien escrito, si está bien escrito el tal Manifiesto. Pero, ¿qué quiere usted, á mis *Líneas y Manchas* me atengo.—*Liniars*.

No puedo anticiparle á usted mi opinión. Tengo antes que consultar con Mataix.—*Polavieja*.

¡Ese sí que es un documento revolucionario!—*López Domínguez*.

A mí me parece mal todo.—*Weyler*.

¡Vaya una estocada en los mismos rubios!—*Romero Robledo*.

Pero esos señores de la Unión, ¿por qué no me han llamado para que firme el Manifiesto?—*Conde de las Almenas*.

Yo en este, como en todos los asuntos, pienso lo mismo que piensa Gamazo.—*Maura*.

¡Ave María Purísima!—*Marqués de Pidal*.

¡Ah, señores; yo que creo en la libertad, creo en el progreso; yo que creo en la belleza, creo en el arte; yo que creo en el amor, creo en la felicidad; yo que creo en el Poder, creo en Sagasta!... ¿Cómo no aplaudir, por tanto, el Manifiesto de la Unión Nacional?—*Moret*.

¡Mal se va poniendo el oficio de triguerol!—*Gamazo*.

Eso que dicen en contra del caciquismo, no acaba de convencerme.—*Puigcerver*.

¡Pero qué manos tienen ese Paraíso y ese Costa!—*Duque de Tetuán*.

¡No gana uno para sustos!—*Gasset*.

En el Japón, según me comunica nuestro representante, ha causado muy mal efecto el Manifiesto.—*Aguilar de Campoo*.

¡Estoy que no me llega la camisa al cuerpo!—*Silvela*.

¡Digo lo mismo!—*Dato*.

QUISICOSAS

—¿Te gusta ese collar? —Sí.

¡Qué perlas! ¡Da gusto verlas! Esposo, un collar así me vendría á mí de perlas. Cómpramelo, te lo ruego. —No es posible, esposa mía; te lo compraré... si llego á ser ministro algún día. —¿Tú ministro? —Sí, mujer.

—Si no tienes talla... —¿No?

¡Otros lo han llegado á ser con menos talla que yo!

Yo no sé en qué población, llenando el edil Pascual el padrón municipal, cuando llegó á PROFESIÓN, fué y escribió: «Concejal.»

VICENTE RUBIO.

IRREDENTOS

(Homenaje de admiración al ilustre poeta americano Leopoldo Díaz.)

La muerte ríe y el infierno goza.

¡Canta el himno triunfal, genio maldito! ¡Venciste al Bien! En tu profunda noche cae la virtud marchita; y van sin tregua llenándose de muertos las necrópolis. La muerte ríe y el infierno goza.

Luzbel es grande. Su poder inmenso. ¡Alma débil, que en vez de abrir las alas y elevarte, rastreas y te humillas; tú sola eres culpable; pero llevas por castigo el dogal de tu ignominia! Luzbel es grande. Su poder inmenso.

El despedazamiento es ley humana. En vez de aunar los hombres sus esfuerzos para lograr la redención suprema, destrózanse unos á otros. En el bosque, sus combates así libran las fieras. El despedazamiento es ley humana.

¡Siempre lo mismo: déspotas y esclavos! Los soberbios se ostentan en la cumbre, y por el suelo vagan los humildes. Actúa como egregio presidente la indiferencia, la glacial esfinge. ¡Siempre lo mismo: déspotas y esclavos!

¡Allí brilla una luz? ¡Pronto apágadla! Bestialidad, estupidez, malicia, perversidad, reuñíos! todas juntas soplad, para tejer entre la sombra la urdimbre de la vil escaramuza. ¿Allí brilla una luz? ¡Pronto apágadla!

No hay redención, pues sois irredimibles. ¡Mineros de la noche, á la faena! ¡Al mal, á la obra, impíos! ¡Al trabajo de zapa! ¡Al pertinaz socavamiento! ¡Así... sin ruido... mudos... subterráneos... No hay redención, pues sois irredimibles.

PEDRO BARRANTES.

PARA EL SEÑOR SILVELA

LA MANIFESTACIÓN DE LA MORALIDAD

Las graves denuncias que hizo el marqués de Cabriñana contra el Ayuntamiento de Madrid por actos en que podía hallarse comprometido su antiguo primer alcalde, entonces ministro de Fomento, han constituido uno de los períodos más ruidosos de nuestra política contemporánea. Entre los sucesos de la época que produjeron la disidencia y los que entonces se desarrollaron parecía no haber solución de continuidad.

Toda la parte sana de la capital de la monarquía tomó cartas en este pleito, y aun en provincias se siguió con un interés vivísimo.

Puede decirse que el divorcio entre las clases gobernadas y gobernantes de España, empezó á tomar carácter muy significativo en este al parecer sencillo disgusto de una localidad.

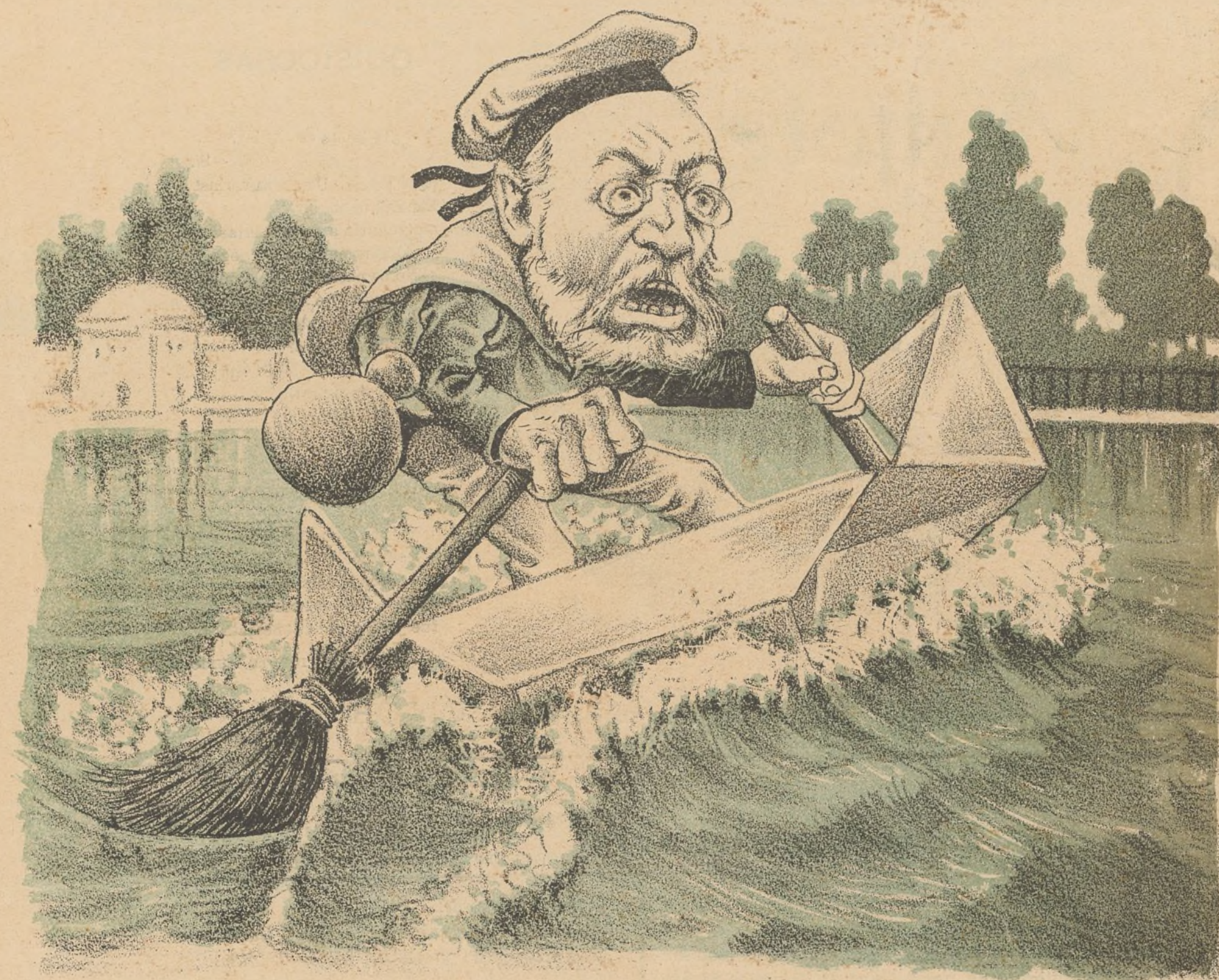
Parecía como si el país, representado por sus clases más conservadoras, industriales y comerciantes, principiara á comprender que los Gobiernos han sido hechos para la felicidad de los pueblos, y no los pueblos para el lucro ó la gloria de algunos políticos.

El marqués de Cabriñana logró herir el sentido moral de las masas llamadas neutras, y á eso debió su popularidad en aquellos días.

El Sr. Cánovas hizo entonces lo que hoy hace el Sr. Silvela con las Cámaras de Comercio.

Cerrar los ojos y no ver la luz. Sin duda en las esferas del Gobierno hace daño la claridad, por razones que no es dado penetrar á los que no suben tan alto.

DON QUIJOTE



Allá va la nave,
quién sabe do va.

¡Ay, pobre Silvela,
vas á naufragar!



Yo me arrimé á un pino verde
por ver si me consolaba,

y el pino, como era Arsenio,
de mi dolor se burlaba.



¡La bolsa ó la vida!



Los Daoiz y Velarde de ahora. (Y perdonen los héroes la
comparación.)



Lib. de la Vinda de M. Buitrago, Jefe del Valle, 22



¿Formarán entre los dos un ministro entero?



Y lo que él aquí firmó
mantenido está por él.



¡No la hurgues, no la hurgues, que es pior!

Lo que hoy ve el duque de Tetuán recibiendo y amparando las aspiraciones que representa el Sr. Paraiso, lo vió entonces el disidente conservador atento sólo á demoler la fortalesa canovista.

Al decir el Sr. Silvela que la sociedad española es un organismo *sin pulso*, no ha querido dar á entender sino lo que en sentido aparente se entiende por esta frase. Es decir, que es un cuerpo anémico en que es muy difícil hallar las palpitaciones de sus arterias; pero no un organismo en el que se hubiera extinguido totalmente la vida.

El ilustre jefe de la rebelión conservadora ha sido siempre un gran sociólogo, especie de médico de esos que hacen un importante papel en las consultas facultativas, porque su misión se reduce á criticar la enfermedad del doliente, el diagnóstico y método de curación en el mismo empleado, reventando de paso, si se puede, al médico de cabecera.

En el caso de aquella convulsión popular producida por la «fiebre Cabriñana», el Sr. Silvela fué llamado en consulta, y entonces sí le encontró el pulso al pueblo de Madrid, agitado contra Cánovas, que era el médico de cabecera.

El *Tiempo* fué uno de los periódicos gratos en aquellos días, y por consecuencia, tuvimos la honra de ser visitados por el señor marqués de Cabriñana, que tan hermosa página dejó entonces escrita en la historia de nuestras agitaciones populares.

Aparte la simpatía que todos sentíamos por el gallardo marqués y la causa de moralidad pública que defendía, nuestra consigna política era la de hinchar el perro, á ver si ésta rabía y el miedo al contagio hacía tomar precauciones en determinados sitios.

Sin faltar á ninguna corrección podíamos elevar al campeón de la moralidad municipal; primero, porque su causa era justa, y luego, porque eso entraba en nuestras conveniencias políticas. Todo sin perjuicio de abandonarle cuando ya no creyéramos obtener ventaja alguna de nuestro apoyo.

Lo mismo hicimos después con el general Polavieja, porque la política, *ad usum* Silvela, tiene estas costumbres cartaginesas. El que entra en ella ya sabe que va á engañar ó á ser engañado, y cada uno, según su temperamento, elige su papel.

En esto de utilizar á los hombres rectos, sanos y populares, en el período álgido de sus prestigios, no hubo quien ganase á los fundadores de la iglesia silvelista.

Siempre ha sido dogma de los políticos de oficio adorar las divinidades populares levantadas por la opinión pública en determinadas ocasiones.

Las reverencias á los ídolos ante los cuales se inclinan, son exageradas; verdaderas flexiones de la espina dorsal, que exponen á descubrir extremidades de aquella, que la pública honestidad manda no enseñar.

Sólo los filósofos serían capaces de reparar en estas cosas. Diógenes entró un día en un templo de Atenas; delante del ara se hallaba prosternada una mujer, de tal modo que tenía la frente pegada al suelo; su túnica era corta, y el manto —preciso es decirlo así—se le había bajado á la cabeza.

Diógenes la vió, y aunque no debía tener grande idea del pudor de aquellas divinidades, se acercó á ella y la dijo:

—«Mujer, ¿no temes que los dioses te vean por la espalda?»

Perdone mi respetado jefe este rasgo de erudición, que le he robado á uno de sus más íntimos amigos.

Pero, ¿quién se preocupaba entonces de estos casos de *libre enseñanza*?

Todo el pueblo de Madrid pedía moralidad, orden y economía en la administración de sus intereses comunales, y representando esos gritos del pueblo herido en lo más vivo de sus sentimientos, se pusieron al frente de la protesta los gremios de contribuyentes, la Cámara de Comercio y el Círculo Mercantil.

A este último centro fué nuestro querido director Rancés, con inspiraciones precisas del jefe, y allí hizo una campaña de gran dificultad, pues se trataba de empujar á las clases comerciales contra el tirano de la Huerta, y aparecer, por las palabras y la conducta, como conservadores templados que no atacan nunca el principio de autoridad.

Como Rancés tiene talento, y para estas travesuras se pinta solo, lo hizo admirablemente.

Pareció en la Junta formada en el Círculo Mercantil el sentido de la prudencia y la templanza, y la cosa resultó de un *maquiavelismo* sorprendente.

(Cuando algunos periodistas nos queremos dar el pisto de hombres eruditos, solemos así llamar á ciertas habilidades, aunque no sepamos si el político florentino se llamaba «Maquiavelo» ó *Mascavelo*, como decía un joven aspirante en nuestra Redacción.)

El acuerdo sobre el cierre de tiendas en Madrid y la manifestación monstruosa, sufrió diversas alternativas, que sometían nuestros nervios á una tensión peligrosa.

Demasiado sabíamos que aquel acto de manifesta hostilidad á Cánovas no iba á derribar á éste del poder; pero su quebrantamiento sería innegable y se lograría inutilizar al señor Bosch, contra quien directamente iban los tiros.

Desde que el Sr. Villaverde decía en su discurso á la primera minoría silvelista: «estamos resueltos á no ser jamás en el seno del gran partido liberal conservador fermento de discordia», habían pasado muchas cosas que no permitían ya encubrir las intenciones con palabras más ó menos sinceras.

Estaba, sobre todo, la constitución del ministerio Cánovas, que el Sr. Silvela calificó de «bofetón á nuestras esperanzas», y que nos hizo el efecto que ya he referido en otro lugar.

Nuestro deseo era, pues, que hubiera manifestación y cierre de tiendas á toda costa; y de haber dispuesto entonces del poder de Paraiso, hubiéramos influido para que se cerraran todas las puertas de España, y sus colonias, que entonces no las habían perdido todavía los políticos de tanta.

Como en el juego del ajedrez, se mueven en política muchas piezas para realizar una sola jugada. Aquí nos importa muy poco en el fondo que se le cerraran las puertas de todos los comercios del mundo al Sr. Cánovas; persiguiendo sólo que encontrara cerrada á cal y canto la puerta del Principio.

Por fin, una noche llegó nuestro simpático Director lleno de fuego, y nos dijo:

—Cierre y manifestación.

Un hurra general acogió el anuncio.

Desde nuestra casa á otra de la calle de Serrano funcionó el teléfono, y el famoso invento de Edison sirvió para transmitir las ondas sonoras de una risita siniestra, como dicen que se reía Calvino viendo testarse á su antiguo amigo Miguel Servet.

No terminaron del todo nuestras zozobras, pues aunque acordada la manifestación, hubo sus más y sus menos sobre si se rendiría ó no á ella.

Entre los señores Sagasta y Silvela se entabló un pugilato delicioso, de finísima galantería.

—¡Si tú no vas, yo no voy! ¡Yo no voy, si tú no vas!

Y como los dos tenían ganas de ir, se arregló la cosa me-

dianamente eficaces emisarios cerca del Sr. Sagasta, que no pudo resistir los ruegos de un pariente íntimo, á su vez interesado por su simpático médico, amigo nuestro, que tiene más amor á estas travesuras de la política que á todos los principios de Galeno y Esculapio reunidos.

¡Qué manifestación más grandiosa! Yo volví á mi casa loco de orgullo y de esperanza. Lo menos nos habíamos acercado al presupuesto la mitad de la distancia que del mismo nos separaba pocos momentos antes.

Todos asistimos con nuestras largas y negras levitas abotonadas, y chisteras relucientes, habiéndonos dado cita en un punto determinado, al que fueron llegando la totalidad de los silvelistas españoles, porque hasta de provincias vinieron correligionarios á tener el gusto de unir su protesta contra Cánovas, de aquella manera tan inglesa y tan pacífica.

Cuando el hormiguero humano se puso en movimiento, los silvelistas formábamos una falange de *élite* en medio de aquel ejército así genérico compuesto de soldados de nacionalidades rabiosamente enemigas, á quienes había juntado en un solo pensamiento el odio común y el espíritu de destrucción más común todavía entre políticos españoles.

La pifa de nuestros amigos atraía especialmente la atención del inmenso gentío que, á los flancos de la manifestación presenciaba á pie firme el desfile de aquel numeroso cortejo de hombres morales y justos.

En alguno de los prolongados altos, que se hacían para dar lugar al desarrollo de la interminable manifestación, pudimos oír algunas frases sueltas de los mirones, pertenecientes á todas las clases sociales, que nos devoraban con los ojos.

Entre ellos había bastantes diputados de la mayoría canovista; unos con rostro ceñudo y otros sonrientes y afables. Estos últimos nos parecían decir: nosotros seremos con vosotros en la nómina.

Elos han cumplido su palabra; en la nómina silvelista están, y por la ley de impenetrabilidad de los cuerpos, no están en ella los que como Rancés fueron uno de los primeros y más activos fantomas de la disidencia.

Un silvelista platónico, de los muchos que entonces había entre las *masas neutras*, decía á un grupo de curiosos que le interrogaban:

—«Mirad; aquel de la barba y los lentes es Silvela. Reparad en todo su tipo de hombre moderno. Es un político á la inglesa. ¡Ya lo quisieran para ellos los hijos de la pérdida Albión! Por suerte para España lo tenemos nosotros. Cuando gobierne ya veréis cómo no hay más conejales ladrones, ni más gobernadores procesados, ni más abogados de las grandes empresas en posición de favorecer á sus clientes.

¡Con qué delectación oí á aquel buen ciudadano de corazón tan puro, que si se ha muerto se habrá ido derecho al cielo sin quitarse siquiera las botas!

¡Oh, las ilusiones! ¡Cuán dulce es marchar acompañado por ellas, especie del sol interior que derrama su luz en donde quiera que se fijen nuestros ojos!

(Del libro *Historia íntima* de «El Tiempo».)

PROFUNDIDADES

El pobre Blas Salgado

por robar una pera en un cercado, pagó una multa de catorce duros, pasando en el juzgado mil apuros. Y dijo Blas, de contratiempos harto: —¿Señor, por que dirán peras á cuarto?

Un capitán de la remonta, en Vigo, tiene un tumor enorme en el ombligo. Y aunque es hombre valiente, sin reparo, afirman los vecinos, ¡caso raro! sin que jamás el capitán se enoje, que hay veces que el ombligo se le encoge.

Discutiendo el ministro de Marina con una señorita parlanchina, de sus labios oyó conceptos vivos censurando sus gastos excesivos, y repuso el ministro, que es un zoque: —¡No me la toque usted! ¡No me la toque!

LA PARED

Siempre que los nietos del tío *Rabosa* se encontraban con los hijos de la viuda de *Casporra* en las sendas de la huerta ó en las calles de Campanar, todo el vecindario comentaba el suceso. ¡Se habían mirado!... ¡Se insultaban con el gesto!... Aquello acabaría mal, y el día menos pensado el pueblo sufriría un nuevo disgusto.

El alcalde, con los vecinos más notables, predicaban paz á los moeetones de las dos familias enemigas, y allí iba el cura, un vejete de Dios, de una casa á otra recomendando el olvido de las ofensas.

Treinta años que los odios de los *Rabosas* y *Casporras* traían alborotado á Campanar. Casi en las puertas de Valencia, en el risueño pueblecito que desde la orilla del río miraba á la ciudad con los redondos ventanales de su agudo campanario, repetían aquellos bárbaros, con un rencor africano, la historia de luchas y violencias de las grandes familias italianas en la Edad Media. Habían sido grandes amigos en otro tiempo; sus casas, aunque situadas en distinta calle, lindaban por los corrales, separados únicamente por una tapia baja. Una noche, por cuestiones de riego, un *Casporra* tendió en la huerta de un escopetazo á un hijo del tío *Rabosa*, y el hijo menor de éste, porque no se dijera que en la familia no quedaban hombres, consiguió, después de un mes de acecho, colocarle una bala entre las cejas al matador. Desde entonces las dos familias vivieron para exterminarse, pensando más en aprovechar los descuidos del vecino que en el cultivo de las tierras. Escopetazos en medio de la calle; tiros que al anochecer relampagueaban desde el fondo de una acequia ó tras los cañares ó ribazos cuando el odiado enemigo regresaba del campo; alguna vez, un *Rabosa* ó un *Casporra* camino del cementerio con una onza de plomo dentro del pellejo, y la sed de venganza sin extinguirse, antes bien extremándose con las nuevas generaciones, pues parecía que en las dos casas los chiquitines salían ya del vientre de sus madres tendiendo las manos á la escopeta para matar á los vecinos.

Después de treinta años de lucha, en casa de los *Casporras* sólo quedaba una viuda con tres hijos, mo-

cetones que parecían torres de músculos. En la otra estaba el tío *Rabosa*, con sus ochenta años, inmóvil en su sillón de esparto, con las piernas muertas por la parálisis, como un arrugado ídolo de la venganza ante el cual juraban sus dos nietos defender el prestigio de la familia.

Pero los tiempos eran otros. Ya no era posible ir á tiros como sus padres en plena plaza á la salida de misa mayor. La Guardia civil no les perdía de vista; los vecinos les vigilaban y bastaba que uno de ellos se detuviera algunos minutos en una senda ó en una esquina, para verse al momento rodeado de gente que le aconsejaba la paz. Cansados de esta vigilancia que degeneraba en persecución y se interponía entre ellos como infranqueable obstáculo, *Casporras* y *Rabosas* acabaron por no buscarse, y hasta se huían cuando la casualidad les ponía frente á frente.

Tal fué su deseo de aislarse y no verse, que les pareció baja la pared que separaba sus corrales. Las gallinas de unos y otros, escalando los montones de leña, fraternizaban en lo alto de las bardas; las mujeres de las dos casas cambiaban desde las ventanas gestos de desprecio. Aquello no podía resistirse; era como vivir en familia, y la viuda de *Casporra* hizo que sus hijos levantaran la pared una vara. Los vecinos se apresuraron á manifestar su desprecio con piedra y argamasa, y añadieron algunos palmos más á la pared. Y así, en esta ruda y repetida manifestación de odio, la pared fué subiendo y subiendo. Ya no se veían las ventanas; poco después no se veían los tejados; las pobres aves de corral estremeaban en la lúgubre sombra de aquel paredón que las ocultaba parte del cielo, y sus cacareos sonaban tristes y apagados á través de aquel muro, monumento del odio, que parecía amasado con los huesos y la sangre de las víctimas.

Así transcurrió el tiempo para las dos familias, sin agredirse como en otra época, pero sin aproximarse, inmóviles y cristalizadas en su odio.

Una tarde sonaron á rebato las campanas del pueblo. Ardía la casa del tío *Rabosa*. Los nietos estaban en la huerta; la mujer de uno de éstos en el lavadero, y por las rendijas de puertas y ventanas salía un humo denso de paja quemada. Dentro, en aquel infierno que rugía buscando expansión, estaba el abuelo, el pobre tío *Rabosa*, inmóvil en su sillón. La nieta se mesaba los cabellos, acusándose como autora de todo por su descuido; la gente arremolinábase en la calle asustada por la fuerza del incendio. Algunos, más valientes, abrieron la puerta, pero fué para retroceder ante la bocanada de denso humo cargada de chispas que se esparció por la calle.

—¡El agüelo! ¡El pobre agüelo! gritaba la de los *Rabosas* volviendo en vano la mirada en busca de un salvador.

Los asustados vecinos experimentaron el mismo asombro que si hubieran visto el campanario marchando hacia ellos. Tres mocetones entraban corriendo en la casa incendiada. Eran los *Casporras*. Se habían mirado cambiando un guiño de inteligencia, y sin más palabras se arrojaron como salamandras en el enorme brasero. La multitud les aplaudió al verles reaparecer llevando en alto, como á un santo en sus andas, al tío *Rabosa* en su sillón de esparto. Abandonaron al viejo sin mirarle siquiera, y otra vez adentro.

—¡No, no! gritaba la gente.

Pero ellos sonreían siguiendo adelante. Iban á salvar algo de los intereses de sus enemigos. Si los nietos del tío *Rabosa* estuvieran allí ni se habrían movido ellos de casa. Pero sólo se trataba de un pobre viejo al que debían proteger, como hombres de corazón. Y la gente les veía tan pronto en la calle como dentro de la casa, buceando en el humo, sacudiéndose las chispas como inquietos demonios, arrojando muebles y sacos para volver á meterse entre las llamas.

Lanzó un grito la multitud al ver á los dos hermanos mayores sacando al menor en brazos. Un madero, al caer, le había roto una pierna.

—¡Pronto, una silla!

La gente, en su precipitación, arrancó al viejo *Rabosa* de su sillón de esparto para sentar al herido.

El muchacho, con el pelo chamuscado y la cara ahumada, sonreía, ocultando los agudos dolores que le hacían fruncir los labios. Sintió que unas manos trémulas, ásperas con las escamas de la vejez, oprimían las suyas.

—¡Fill meu! ¡Fill meu! —gemía la voz del tío *Rabosa*, quien se arrastraba hacia él.

Y antes que el pobre muchacho pudiera evitarlo, el parálisis buscó con su boca desdentada y profunda las manos que tenía agarradas y las besó, las besó un sinnúmero de veces, bañándolas con lágrimas.

Ardió toda la casa. Y cuando los albañiles fueron llamados para reconstruir otra, los nietos del tío *Rabosa* no les dejaron comenzar por la limpia del terreno cubierto de negros escombros. Antes tenían que hacer un trabajo más urgente: derribar la pared maldita. Y empuñando el pico, ellos dieron los primeros golpes.

V. BLASCO. IBÁÑEZ.

LIBROS

No voy á «descubrir» á Palomero. Todos ustedes le conocen. Es un poeta, y un poeta de verdad. Pues bien, Palomero ha publicado un nuevo libro, *Cancionero de Gil Parrado*. Un libro muy hermoso, de esos que se leen hoy y se vuelven á leer mañana. Un libro que debe comprarse. Creo que aún quedan algunos ejemplares de venta en las librerías.

Nakens ha publicado dos episodios teatrales, *Ojo al Cristo* y *Dios, Patria y Rey*. Leyéndolos, he pensado: ¿Pero por qué Nakens no continuará escribiendo para el teatro? ¡Oh, la política, cuántos artistas nos roba!

Los eclipses, sus causas, historia y datos referentes al del 28 de Mayo de 1900.

Curiosísimo folleto publicado por la Biblioteca de La Irradiación. Prim, 10 (Barrio de Doña Cañota).

Precio, 50 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12